
Entre el pensamiento y la acción

Jorge Volpi, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, México, Era, 1998, 455 p.

Úrsula Zurita Rivera

Como otros libros publicados este año, el libro de Jorge Volpi, *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, se suma a la conmemoración del movimiento estudiantil ocurrido en nuestro país hace treinta años. A primera vista, ya desde el momento de leer el título, el autor nos ubica en la perspectiva a través de la cual se aproxima a la narración de la historia que a él le interesa contarnos: la de los intelectuales.

Esta intención es explícita en las primeras páginas. Destacando los dos momentos claves sobre el 68, propiamente el 2 de octubre de ese año y la acusación hecha en días posteriores por un líder estudiantil (Sócrates Amado Campos Lemus) acerca de la responsabilidad de varios políticos y ciertos intelectuales de una "vasta conjura contra el gobierno mexicano", Volpi se propone analizar la relación de los intelectuales con el poder público en México; porque el 68 mostró, entre otras cosas, la desconfianza del gobierno de Díaz Ordaz hacia

la participación de "escritores y artistas en política".

Sin el intento de generar cuestionamientos en torno a la intervención en favor o en contra del movimiento estudiantil, Volpi pretende dar cuenta de las diversas reacciones y actitudes que manifestaron los intelectuales mexicanos conforme fue naciendo y constituyendo tal movimiento, cuyo trágico final es de todos conocido. De hecho, serían justamente esas reacciones las que marcarían el futuro de buena parte de esos intelectuales; algunos de los cuales fueron protagonistas de la rebelión estudiantil, pensemos por ejemplo en el caso de José Revueltas, y otros meramente observadores, aunque no por ello con una importancia menor.

Pero si lo que al autor le interesa son los intelectuales, habría que señalar que haciendo uso de la definición de Gabriel Zaid ("el intelectual es el escritor, artista o científico que opina en cosas de interés público con autoridad moral entre las élites"), Jorge Volpi recupera las posturas de aquéllos sobre el movimiento, las cuales tuvieron fundamentalmente como medio de expresión el suplemento de "La Cultura en México" de la revista *Siempre!* Los nombres de los intelectuales citados son muchos de los cuales hoy continúan teniendo una influencia notable en la vida política: Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Luis Villoro, por nombrar sólo algunos. O bien,

otros que han tenido esa incidencia hasta el momento de su muerte como Daniel Cosío Villegas u Octavio Paz.

La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968 está organizado de manera cronológica en cinco actos. En el primer acto, *Dramatis personae*, Volpi integra una descripción del ambiente político y cultural del México de ese entonces. Si bien nos recuerda cómo en otros libros del movimiento estudiantil, la figura autoritaria y estrictamente defensora del orden de Díaz Ordaz, el autor también reconstruye el ambiente cultural que caracterizaba a nuestro país.

Y dentro de esta reconstrucción, los intelectuales ocupan un lugar preponderante. Como es de suponerse, se puede hablar de ellos no como un grupo homogéneo sino más bien como un conjunto de personas con diversas cualidades y proyecciones culturales a nivel nacional e internacional; al igual que con intereses políticos e ideológicos muy distintos entre sí. Pero si a esto se le agrega la pertenencia a una generación, la identificación de grupos o generaciones de intelectuales que asumieron alguna actitud ante un mismo hecho se convierte en una tarea más que pertinente.

Según Volpi, en el 68 "convivieron y se manifestaron públicamente para comentar los sucesos diarios" los miembros de cuatro generaciones: la de 1915 (Vicente Lombardo Toledano, Jesús Silva Herzog, etcétera); la de

1929 (Antonio Carrillo Flores, Octavio Paz, José Revueltas, Leopoldo Zea, etcétera); la de medio siglo (Carlos Fuentes, Emmanuel Carballido, Salvador Elizondo, etcétera); la de 1968 (José Agustín, Gustavo Sainz, etcétera) así como otros difícilmente ubicables en alguna de éstas, como serían Daniel Cosío Villegas, Elena Garro, Carlos Monsiváis, entre otros. Aunque, sostiene, los que tuvieron una participación más activa, fueron principalmente los miembros de las generaciones de 1929 y la de medio siglo.

En *I want to live in America*, segundo acto que comprende los tres meses posteriores al de enero de 1968, el autor presenta un panorama político cultural más amplio de la época. La muerte del Che, las ideas revolucionarias, la figura del intelectual revolucionario, entre otros aspectos, vienen a dar forma y contenido a las manifestaciones políticas que en los sesenta comenzaban a rondar por las universidades, las plazas públicas, los partidos políticos y otros ámbitos de la vida cotidiana tanto de países europeos como americanos.

En este acto, Volpi también incluye la otra versión del intelectual. Si por un lado se encuentra el intelectual revolucionario, cercano a las causas populares y dirigente muchas veces de los estudiantes; también existe el otro, cuya cercanía al poder es indiscutible. En el México de los sesenta,

Agustín Yáñez es el escritor encargado de desempeñar ese personaje, en esos tiempos donde la crítica o la disidencia más que contribuir a la diversidad de opiniones o interpretaciones, significaban la traición al país y a sus instituciones políticas.

En el tercer acto, *La imaginación al poder*, Jorge Volpi analiza con mayor profundidad los movimientos estudiantiles de Europa y Estados Unidos, tomando como referentes los principales acontecimientos de los meses de mayo, junio y julio del 68. La sorpresa o el desconcierto que suscitaron dichos movimientos fueron para algunos como Anthony Esler, dice el autor, inexplicables porque ese año fue uno más en una década sacudida por intensas y variadas rebeliones estudiantiles.

En esta parte de la historia de los intelectuales, Volpi le otorga especial atención a Herbert Marcuse, por haber sido considerado como el principal intelectual extranjero que alentó al movimiento estudiantil mexicano, sembrando en él las ideas revolucionarias. De hecho, el autor cita fragmentos de las discusiones que mantuvieron algunos intelectuales mexicanos con Marcuse, con la idea de reproducir el impacto que produjo en el ámbito académico nacional.

Pero si el autor recupera la influencia que tuvieron los movimientos estudiantiles de otros países al igual que otros sucesos políticos relevantes como la muerte de Robert Kennedy o la

visita de Marcuse en nuestro país y, sobre todo, las distintas maneras en que los intelectuales reaccionaban ante tales hechos, es, sin duda, oportuno el rescate que Volpi realiza en torno a la manera en que un intelectual mexicano vio y se manifestó respecto al mayo francés.

De esta forma, el autor crea un mosaico compuesto por diferentes versiones y reacciones de intelectuales que presenciaron intensos cambios culturales y políticos. Esto es, que un mismo hecho es visto e interpretado a través de los ojos de un intelectual en México o de los de aquel que, como Carlos Fuentes en el París de 1968, se encontraba en el lugar de los sucesos.

En *Los filósofos de la destrucción*, Volpi examina detalladamente las manifestaciones de los intelectuales ante los acontecimientos cotidianos del movimiento estudiantil desde el 22 de julio hasta el 2 de octubre. Sin llegar a ser una crónica puntual de la rebelión, el autor trae los pensamientos y las voces de los escritores y artistas que tuvieron una opinión diaria sobre los eventos que culminarían en la matanza de los estudiantes.

Es, hasta el último acto (*La conjura de los intelectuales*), donde de la diversidad de las reacciones de estos individuos comienza a surgir la acusación e incluso se llega a *comprobar* la explicación que se encargó de propagar el régimen de Díaz Ordaz desde los orígenes del

movimiento. La manipulación de que fueron objeto los estudiantes por parte de intelectuales y algunos políticos contrarios a su gobierno, no era más una descalificación de Díaz Ordaz a tal rebelión; por el contrario, era la razón que *salía a la luz* con declaraciones como la del líder estudiantil Sócrates Amado Campos Lemus y confirmada, a su vez, por la escritora Elena Garro.

Desde la cárcel, la universidad o las oficinas de la administración pública, las manifestaciones expresadas por los intelectuales si en algo coincidieron fue la sorpresa del desenlace final que, a pesar de que la opción más dura y violenta ya había sido insinuada y mencionada semanas previas al 2 de octubre, nadie imaginó. Sin duda, después de la sorpresa y de la incredulidad inmediatas, las reacciones de los intelectuales serían mucho más que opiniones; además de tomar posturas explícitas, ya sea defendiendo o repudiando el movimiento estudiantil, lo que pusieron en juego fue su futuro en términos de su relación con el poder en México.

Desafortunadamente, en la parte final correspondiente al epílogo no se analiza justamente esta relación que fungió como eje de la obra de Volpi. La recurrencia a lugares comunes en términos de comentarios e interpretaciones de un movimiento que desembocó en una de las crisis políticas en México más importantes del siglo que está por concluir, le resta bastante al propósito de examinar la relación de los intelectuales

mexicanos con el régimen de Díaz Ordaz.

Quizá esto que parece un elemento crítico de *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*, en realidad responde al objetivo de no crear ni recrear *juicios sumarios* al respecto. Lo cierto es que un año donde se originó un movimiento que amenazaba un evento de la magnitud de la celebración de los Juegos Olímpicos, realizada por vez primera en un país del *tercer mundo*, puso al descubierto la ineficacia de los mecanismos empleados por el sistema político mexicano para la solución de problemas. Ante este hecho los intelectuales tuvieron mucho que decir y muchos lo hicieron, a su manera, ya fuese a través de la poesía, la literatura, la prensa o las protestas políticas públicas como la renuncia de Octavio Paz a la Embajada en la India.

Lo que no se puede negar es que el tema acerca del papel de los intelectuales en un año que generó antes que nada, y después de todo, sorpresa entre quienes lo vivieron, lo hace un trabajo original y muy interesante acerca del 68: es el primer libro que opta por la narración de esos acontecimientos a través de la mirada de esos hombres y mujeres, sin llegar a ser un análisis específicamente del movimiento estudiantil. En este sentido, el libro de Jorge Volpi se convierte en una referencia indiscutible para la investigación de los intelectuales en nuestro país.